

SEMANARIO POLÍTICO
SE PUBLICA LOS SÁBADOS
Redacción y Administración:
ALBERTO AGUILERA, 52.
NÚMERO SUELTO: 20 CTS.

El Motín

FUNDADO EN EL AÑO 1881

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID: Trimes, 3 pts; Sem: 6, Año, 10
Provincias: Trimes, 3; Sem: 6; Año, 12
Ultramar y Extranjero: Año, 20

PAGO ADELANTADO

Corresponsales: 25 números 3 pts

Año XLV.

Madrid, Sábado 26 de Diciembre de 1925.

Número 52.

GRATITUD

La siento muy grande hacia todos los amigos de Madrid y provincias que me han felicitado por haber cumplido ochenta y cuatro años el día 21 de este mes.

JOSÉ NAKENS

DE JUEVES A JUEVES

Políticamente, no ha ocurrido nada de particular en España durante los ocho días últimos.

A una mujer se le ha muerto de frío en sus brazos un hijo de quince días. Ha ocurrido el domingo de madrugada en los soportales de la Plaza Mayor. Realmente en ese sitio y con la noche que hacía no sé qué podía esperar esa mujer que le ocurriese.

Claro que era pobre y no tenía donde meterse; pero, de todos modos, supone gran impaciencia dejar morir de frío a nadie el día 20 de Diciembre, cuando cuatro ó cinco días después, sin nada más que tener conocimiento con alguna dama de la aristocracia, hubiera obtenido esa mujer un bono para un mantón de esos que reparten las organizaciones caritativas en memoria del Niño que se salvó de las garras de Herodes (con una junta de protección á la infancia hubiera querido yo verle).

Es que la caridad no puede descubrir todas las miserias, se dirá, y muy bien dicho. Nadie tiene la culpa de que nuestras personas caritativas tengan mejor olfato para los niños sin bautizar que para los niños sin arropar. Téngase una docena de pequeños tiritando y no irá nadie á darles calor; téngase uno sólo sin cristianar y en tres días habrán llovido bienhechores y agua bendita.

Es que la vida está difícil y nada basta para tanto desgraciado, suele decirse también. Hombre, eso de la vida difícil según se mire. Este niño helado habrá llevado más bien la impresión de una gran simplicidad: lo paren á uno en la Maternidad, lo bautizan; se muere uno de frío en la Plaza Mayor, y listo.

Las Comunidades Religiosas

(CONTINUACION)

Estudiemos, pues, brevisamente, como corresponde á los pocos minutos de que dispongo, las Comunidades Religiosas á la luz de estas doctrinas. Los religiosos, vulgo frailes, aunque en sentido técnico no todos son frailes, podemos distinguirlos en religiosos de acción al exterior, ó sea de servicios sociales y en religiosos de acción doméstica; éstos son los que no viven en contacto con el público, sino que desarrollan toda su vida en el interior de los claustros: tales son los *legos* y los *escolares*.

Conste, pues, que en las estadísticas que vamos á citar no hacemos sino mención de los religiosos de servicios sociales. Haremos caso omiso de los demás, que son otros tantos. No confundirse tampoco con el clero secular cuyo número, eficacia social, psicología, etc., formarán parte de otra conferencia.

Los que el vulgo llama frailes, y que yo limito á religiosos de servicios sociales, son *doce mil* en España, unos piquitos más que apóstoles bastaron para cambiar la faz del mundo.

En cuanto á las monjas... (Permitanme, señores, que beba un poco antes de decir cuántas monjas hay en España.) Por lo que á nosotros interesa, citaré una sola de las clasificaciones de las religiosas. Hay religiosas papales y religiosas episcopales, religiosas cuya aprobación de su instituto procede de la Santa Sede, y religiosas cuya aprobación es sólo del obispo de la diócesis. De las innumerables religiosas episcopales no haré mención; aquí, en Madrid, por ejemplo, son episcopales las joaquinas, las angélicas, etcétera. Yo, señores, saludo á las grandes fundadoras de las Ordenes religiosas tradicionales que, como Teresa de Jesús, dieron maravillosos ejemplos de excelsas virtudes; pero es de saber que el mayor encanto de una viuda ó de una solterona rica y de hábitos solitarios, que á un histerismo incurable junta aficiones de una piedad cristiana aparatosa, acaramelada é insustancial y una pueril vanidad de ser elegida por Dios para andar por caminos extraordinarios y de celestiales carismas; digo que el mayor encanto de esas mujeres anormales y mimadas por la fortuna es poder ser llama-

das *madres fundadoras*. ¡Ah, este es el supremo ideal de su vida! Así que, no lo dudéis, hay más madres fundadoras que insectos en los cuadros de Couvier. La viuda ó solterona rica que se cree llamada al estado religioso, no ingresa en una de las innumerables religiones ya existentes y que abarcan todos los matices específicos de la perfección cristiana; ellas han nacido, dicen, para mayores cosas; han de fundar algo nuevo; fundan una nueva religión; reunen en torno de sí á otras solteronas ó á otras viudas menos afortunadas que no se pueden permitir el lujo de ser fundadoras y a guisa de jóvenes más desengañadas de una sociedad donde el amor las rechazó; se ponen unos cuantos trapitos nuevos, sobre los que ya constituyen el grotesco mosaico de los multiformes hábitos monjiles. Repito, que no voy á hacer estadística de todo ese sin fin de infelices mujeres que bajo el manto augusto de lo más serio de la vida, que son los intereses supremos de ultratumba, cultivan profesionalmente y miman cuidadosamente la pereza y el histerismo y, sin embargo, atraen con magia poderosa los capitales de los bobos, que mejor empleados estarían en el desbroce y roturación de ese erial espiritual, que es toda la tierra de España, y en el fomento del trabajo y de la producción nacional. Digo, que no voy á hacer estadística, por otro lado imposible, de las monjas, por lo que á las episcopales se refiere, localizadas en las diferentes capitales de la nación.

Voy á referirme á las comunidades serias, ramificadas por España, que tienen solemnes aprobaciones, con votos y reglas formales. Estas monjas son en España 42.000. Y no tanto es el número de ellas, como su extensa variedad, lo que es altamente perjudicial. Yo os ruego que tengáis paciencia para oír la serie de especies de religiosas que hay en España; es interesante que os enteréis de sus pintorescas denominaciones, muchas de ellas contrarias al buen sentido teológico y, desde luego, ridículas y contra sentido común.

(Suprimiremos la relación de las comunidades religiosas de mujeres, que pone aquí el señor Torrubiano, porque las publicó *EL MOTÍN* en su número de 24 de Noviembre del año 1923.)

J. TORRUBIANO RIPOLL

(Continuará.)

Cine clerical

¡TANTOS HABRÁ!

—¿Ha visto usted qué escándalo?

—No sé á qué pueda usted, referirse.

—A ese cura ó fraile yanqui que ha publicado un libro titulado *Vidas de Santos*, en el cual se niega la venida de Santiago á España, la visita á Zaragoza de la Virgen del Pilar, y hasta la existencia de muchos santos que hoy están en los altares.

—Pues sí que es un fraile de cuidado.

—Y lo más gordo es que el libro está publicado con la aprobación de la autoridad eclesiástica, verdad es que es una autoridad eclesiástica norteamericana.

—Señora, no diga usted tonterías; la Iglesia es la misma en todas partes. Créame usted, sus razones tendrá. Hay muchas cosas que corren como sagradas é intangibles y no tienen ninguna base histórica ni sólida. Son leyendas, tradiciones populares, sin más base ni fundamento que «dicen», «cuentan», «refieren cuántos», total nada, que se camina á ciegas y entre sombras.

—No, algo de razón ya tiene usted, porque en mi pueblo había una ermita con una sepultura en la que decían que había enterrado un santo ermitaño que hacía muchos milagros; siempre estaba llena de luces y lámparas. Y vino al pueblo un cura de Salamanca, y no era nada menos que doctor, y empezó á escudriñar qué santo sería aquel, y no hallando ningún vestigio, de acuerdo con el médico, el alcalde, el veterinario y cinco testigos, abrieron un día la sepultura, y ¿qué dirá usted que encontraron?

—¡Qué sé yo! Alguna olla llena de monedas.

—¡Ojalá! ¡El esqueleto de un perro!

—¡Qué atrocidad! Sería un perro santo, ó el perro de San Roque, ó...

—No; era un perro que había salvado la vida á dos niños que se ahogaban en el río, y cuando murió le enterraron allí, y como era una ermita y aquello de haber salvado á dos niños, pues las cosas se fueron olvidando y acabaron por hacerle santo.

—¡Tantos habrá así! Por eso, no crea usted que ese fraile yanqui va descaminado. La fe es la que salva, y antes no se hilaba tan delgado como ahora para canonizar. ¡Sabe Dios lo que habrá dentro de muchos sepulcros hoy muy venerados.

—Sí, hija, sí, y que Dios nos tenga en cuenta la buena voluntad.

FRAY GERUNDIO

Agonizaba un gallego muy avaro en un hospital, y aun en el extor de su agonía apretaba en la mano izquierda

dos onzas productos de sus ahorros.

Llegóse el cura á administrarle la unción y pringóle ojos, narices, boca y la mano derecha, repitiéndole las sacramentales palabras: *Per istam santam unctionem et.*

Dirigíase á hacer la misma operación en la izquierda, pero se incorporó el avaro hecho una faria, é increpando al cura, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Oís, crego d'os demos! N'esa man pirintan, pero nesfa non pirintan. Váyase á Sierra Morena, que eiquí xa sabemos en qué paran esos latines.

La novela en la calle

DON ESCRUPULOS

Cada temporada tenía don Escrúpulos una portera. Despidió una porque cantaba *Las bribonas*; dió el pasaporte á otra, porque una de las hijas hablaba con el novio en el portal; sustituyó á la tercera porque un día sorprendió á su marido leyendo *Fray Gerundio de Campazas*.

Es terrible este hombre; terrible y atrevido, porque no tiene inconveniente en amonestar á cualquier amigo ó conocido por si sus hijas llevan las faldas más ó menos cortas, el color de los trajes demasiado vivos, ó frecuentan los cines con exceso.

Una vez hube de llevarme una seria catilinaria de don Escrúpulos porque di limosna á un individuo que tenía la punta de la nariz colorada, señal evidéntisima de que era un borrachín. Sin embargo, yo, que conocía al desgraciado, me sonrei, porque el infeliz tenía una gravísima lesión en el hígado y necesitaba la asistencia de las personas caritativas.

Con los periódicos era inexorable; no leía sino el *Boletín del Arzobispado*, y aun á éste le encontraba algún pero, cuando en ciertas advertencias cuasresmales aludía á determinadas fiaguezas humanas. A las demás publicaciones no las dejaba vivir; llenaba de improperios á sus directores, ya por cualquier frase ó concepto que le decían haber estampado, ya por los folletines, composiciones literarias ó capítulo de sucesos locales. Sus escrúpulos llegaban á tal extremo, que hizo dar de baja á cierto amigo suyo de un periódico, por haber anunciado la representación de *La dama desnuda*, drama de un joven comediógrafo.

Su aspecto físico reflejaba toda su psicología: no era muy limpio ni atildado; seguramente no le quedaba tiempo para el aseo, ya que siempre se le ve en la calle husmeándolo todo, fijándose en los letreros de las esquinas, en los kioscos de periódicos, en los escaparates de las tiendas de modas, en los establecimientos de ortopedia y... en cuantas mujeres pasan por su

lado, no á título de admirador del sexo—¡librele Dios de esta deleznable debilidad—, sino por dirigirle miradas de indignación y de reproche, si adivina pintura en sus labios, ó en sus mejillas, desenvoltura en el andar, ligereza en los vestidos, atrevimientos en los descotes.

Mira con sus ojos míopes de una manera tan audaz, tan retadora, tan inquisitorial, que llega á la impertinencia, y se pone como la grana cuando, á su juicio contempla cualquier atentado contra la ortodoxia ó la moral.

—¿Qué hace usted?, ¿dónde se hospeda?, ¿por qué pide usted limosna?—le pregunta al que se atreve á extenderle la mano solicitando una limosna—, porque una de sus monomanías es entrometerse en las vidas ajenas para evitar graves perjuicios sociales.

Y tiene tantas preocupaciones de esta clase, que en su casa todo va manga por hombro. Si hijo mayor conoce y frecuenta todos los cabarets de mayor y menor cuantía, es un pendeniero sempiterno y habla como un carretero. Las hijas de don Escrúpulos apenas los tienen para nada, y hasta su respetable señora enseña cara de dos palmas la pierna y está para cortarse el pelo á la garçón.

Una vez, alguien sorprendió á nuestro don Escrúpulos en el Mercado, dándole dinero á una morita juncal que estaba sin colocación. Sin pedirle explicaciones, nuestro protagonista dijo que era preciso ayudar á las jóvenes demasiado bellas, para que no se extraviasen...

LEVANTINO

(De Las Provincias de Valencia.)

Otro menos

Un hermano suyo me anunció la muerte repentina de este antiguo é ilustradísimo colaborador de *El Motín* y autor del curiosísimo libro *El anticlericalismo del Quijote*. Y antes de que pudiera yo dar el pésame á su señora madre y á sus deudos recibí el recorte de un artículo necrológico que le había dedicado un amigo suyo en un periódico de la provincia de Huelva, y que reproduzco á continuación por considerar muy merecidos los elogios que le tributa.

Dice así:

HA MUERTO EL APOSTOL

SIMON CERREJON

Acaba de cesar en esta vida breve é ingrata don Simón Cerrejón Blanco, ilustre y preclaro ciudadano muy apasionado amante de las libertades públicas.

Es uno de mis mayores sentimientos no haber tenido noticia oportuna de

su muerte para haberle ocompañado á su última y definitiva morada, donde ha de reposar como el mayor de los justos humanos. Si las plegarias llegan al cielo y Dios escucha los ruegos de los hombres, mi oración tendrá, sin duda, la virtualidad que la inspira; porque es una oración impregnada de dolor y de noble sentimiento hacia el hombre sabio y justo que nos abandona, cumpliendo el designio de nuestro término fatal é inevitable.

Con la muerte de Simón Cerrejón pierde la provincia de Huelva uno de sus hombres más preclaros, más serios y más nobles, y también más amante de su tierra. Las ideas redentoras de Libertad, Igualdad y Fraternidad, uno de sus más esforzados patricios, porque su vida ha sido una constante lucha, lucha noble y leal, en pro de su consecución. De esta nobleza en la pelea nadie mejor que sus contrarios en principios ideológicos pueden darse. Y deci nos «contrarios» porque Simón Cerrejón jamás tuvo enemigos políticos ni personales: tanta era su bondad, tanto su amor á la justicia y tan grande su generosidad, que ante él deponían los hombres sus rencillas, rindiendo culto á su saber y á su nobleza.

En su pueblo, en Alosno, sostuvo siempre enhiesta la bandera de la Libertad, rodeado de sus admiradores, hombres que incondicionalmente y con la fe ciega que invade las almas cuando un verdadero apóstol las guía é ilumina, estaban siempre á su lado para escuchar sus admirables enseñanzas y adaptarse las virtudes de su gran amigo, maestro y hermano.

El partido republicano de la provincia tuvo el honor de llevarlo á la Diputación provincial donde en el brevísimo espacio de tiempo que actuó hizo una labor admirable, sin radicalismo violento ni osadas actitudes, sino pacientemente, con el tesón de su energía dulce y subyugadora. El caciquismo le obligó á dimitir en unión de su compañero y correligionario, Luis Romero, cuando se pretendió atropellar y se atropelló al pueblo de Nerva en su derecho legítimo.

Su cultura y amor á la humanidad le llevó al periodismo y al libro, dejando en ambos campos, grande y fértil muestra de su talento, que su gran modestia, á nada comparable, quitó brillo y fama merecidos.

Con su biblioteca selecta y bien nutrida podría muy bien, en su pueblo natal ó en Huelva, formar una biblioteca para obreros que llevara su nombre, sirviendo para perpetuar la memoria de hombre tan bueno y tan justo, en la que podrían formarse hombres para el porvenir, llenos de amor á la cultura y defensores de la libertad y la justicia humanas.

Sirvan estas pobres líneas del más modesto de sus amigos y émulo, como fiel homenaje á su memoria; y que el recuerdo de su vida ejemplar sea

como el espejo donde los hombres del momento aprendan á ejecutar sus actos, á templar sus almas y á formar sus virtudes.

JERONIMO RODRIGUEZ

Bien conocía el firmante de ese artículo á Cerrejón, y bien apreciaba su obra redentora.

Dejar esos recuerdos y recibir esas merecidas alabanzas, es no morir del todo el día que se exhala el último suspiro.

JOSE NAKENS

Con la intención basta

En la nunca pon teraba villa y corte de Madrid, el año cuarenta y cinco sobre ochocientos y mil, en una iglesia parroquia que yo no sabré decir si era de San Ildefonso, de San Ginés ó San Luis, ocurrió el curioso lance que ahora voy á referir: atención, mano al botón, que lo bueno empieza aquí.

Un estudiante tunante, hombre de ingenio y de ardid, que sin mojarse en aceite puede arder en un candil, se fué á cumplir con la iglesia sus culpas á sacudir, que siempre debe estar limpia la conciencia estudiantil.

Halló en un confesonario un cura, sin distinguir si dormía ó si esperaba algún penitente allí. La plaza estaba vacante, arrodillóse por fin, y, atención, mano al botón, que lo bueno empieza aquí.

—Diga, hermano.—Digo, padre... (y padre debió decir, porque padres son los curas de las almas, ¿no es así?)

—Si no trae alguna mancha digna del eterno fuego, hable y acabemos luego; yo tengo la manga ancha.

—Acúsome, padre, mío, que soy un poco hablador. —¿Un poco hablador? Mejor; no calles nada, hijo mío.

—Padre, decir me precisa mi conciencia, lo confieso... no me riña usted por eso; que casi nunca oigo misa.

—¡Jesús!, dijo el hombre gordo. —Escuche usted, por favor; yo no oigo misa, señor, porque soy bastante sordo.

—¿A tus padres has honrado?

—No, señor.—Eso es atroz,

exclamó en tono feroz;

¿cómo ese horrible pecado?

—Porque soy pobre, y yo infiero,

sábelo Santa Nemesis,

padre mío, que en la Iglesia no hay honras si no hay dinero.

—Bien. ¿Has hecho alguna muerte?

que eso sería fatal.

—Padre mío, por mi mal

no lo niego, ere es mi fuerte.

Aquí el padre pegó un brinco que sólo el pavor remeda, temiendo lo que se veda en el mandamiento cinco.

—¡Habla, pecador, de lejos! —Padre, tenga usted cachanza; mi pecado es que en la caza maté ayer cuatro conejos.

El séptimo no hurtar,—dijo el misero estudiante.

—¿Y el sexto?—Nada.—No obstante.

—Padre, dejadlo pasar.

Aunque vaya á los infiernos por tan horrible pecado, diré, padre, que he robado muchos corazones tiernos.

Bien merece este perdón sin que yo lo solemniice, por aquel refrán que dice: la ocasión hace al ladrón.

¡Hay mujeres en verdad que dejan en ocasiones robarse los corazones con tanta facilidad!...

—Razón tienes, penitente, dijo el grave confesor enjugándose el sudor que corría por su frente.

—Padre, está usted convulso. —¿Qué quiere? La cosa es seria; tratando de esta materia me suele temblar el pulso.

Prosigue tu confesión, hermano mío, si quieres; veremos si eres ó no eres digno de la absolución.

Aquí el misero estudiante dijo entre sí y para sí:

—¡Por vida de Jesucristo,

que tengo el alma en un tris!

¿Cuándo este buen sacerdote

se cansará de gruñir?

¿Qué tendrá que preguntarme si de todo cuenta di?

¡Pobre estudiante! Ignoraba

su posición, ¡infeliz!

¡El año cuarenta y cinco

contentarse con decir,

no he matado y no he robado?

Torpeza, torpeza rufa.

Faltaba el pecado monstruo,

faltaba el pecado vil,

ante el cual todos los crimenes

son hoy un grano de arroz.

Una espuerta de tabaco

metió el cura en su nariz.

lanzó un regueldo maestro

capaz de armar un motín,

y dijo:—Escúchame, hermano.

Y yo vuelvo á repetir:

atención, mano al botón,

que lo bueno empieza aquí.

—Dime, pues, buen estudiante, cordero manso, inocente, ¿tú lees el *Judío Errante*? Confíesalo francamente.

—No, señor (ya del barranco salí, por Dios, sin saberlo); mas, señor, si he de ser franco, tengo intención de leerlo.

—¡Intención! ¡Ay, San Antonio!

Ese es un atroz pecado; á ti te lleva el demonio; vas á morir condenado; en gran apuro te ves; mira el terreno que pisas; es preciso que me des cuatro duros para misas.

—¡Cuatro duros! (¡Ay que apuros!)

—Nada menos, hijo mío.

—Pero, padre, ¡cuatro duros por pensar leer el *Judío*!

—Eres un mozo muy tierno. ¿Piensas que es poco, simplón, que te libres del infierno por ochenta de vellón?

—La prohibición aumenta mi deseo, padre mío; consiento en dar los ochenta con tal de leer el *Judío*;

que es pretensión algo tosca, señor cura, bien mirado, querer que afloje la mosca sin cometer el pecado.

—Eso no tiene perdón, ¡maldita sea tu casta!

—Sólo tuve la intención...

—Hijo, con la intención basta:

Afloja la mosca, amigo, si no tratas de perderle, porque de veras te digo que yo no puedo absolverte,

Te daré la absolución, ó va tu alma de esta vez á encajarse de rondón en las calderas de pez.

Si te coge entre sus garras el feroz Pedro Botero, verás como te achicharras.

¿Tiemblas? Pues daca el dinero.

— ¡Ah! ¡padre mío, perdón! dijo el muchacho. (¡Qué apuros!)

Deme usted la absolución y dace los cuatro duros.

El cura tomando un polvo alargó la la mano ufano, y al oír, *ego te absolvo* besóle el joven la mano.

—No la alargó yo por eso, (dijo el del cabello gris); pues en tu bien me interesa, suelta los maravedís.

Sacó la moneda ufano el muchacho con dulzura, pero retiró la mano al ver la mano del cura.

—¡Daca! el confesor clamó;

¡daca, por la virgen casta!

Y el muchacho reponiéndose:

—Padre, con la intención basta.

Se fué á tomar comunión, salióse el cura tras él, el uno echando el pulmón,

el otro echando la hiel,

el cura siempre diciendo:

—¡Cristiano de mala casta!

y el muchacho repitiendo:

—¡Padre, con la intención basta!

J. MARTÍNEZ VILLERGA

Bibliografía

El Espiritismo refutando los errores del Catolicismo romano.—Colección de artículos escritos por Amalia Domingo Soler. Novena edición, ilustrada con el retrato en fototipia de la autora.

«Lo bueno, siempre es nuevo», dice el popular adagio; y «lo bueno» de la colección de artículos publicados por Amalia en los años del 1877 al 1880, refutando los errores del Catolicismo romano y saliendo á la defensa del entonces tan combatido Espiritismo, le hacen «nuevo» en su novena edición, á pesar de los ocho lustros transcurridos desde que por primera vez vieron la luz.

Confesamos y nos refocilamos de ello, que libros como el de Amalia, no tienen razón de ser en nuestros días. Pasó su tiempo. Fueron oportunos, fueron necesarios cuando se presentaba el Espiritismo en España como idea nueva, —y ya es sabido que toda idea nueva, por cierta, por verdadera, por salvadora que haya sido, ha tenido siempre que pasar por el pretorio y el Calvario para llegar al Tabor. Por eso aparecieron entonces tantos y tan interesantes libros de controversia, entre los que descollaron *Exposición y defensa de las verdades fundamentales del Espiritismo*, de García López, *Defensa del Espiritismo y Controversia espiritista*, de Torres-Solanot, y *Roma y el Evangelio*, de Amigó y Pellicer; por eso también fueron tan innúmeros los artículos de combate que se publicaron en los periódicos profesionales y profanos, mereciendo citarse, especialmente, los de Amigó y Pellicer en *El Buen Sentido*, los de Buenaventura Graugés en *La Montaña*, los de González Soriano en *El Espiritismo* y los de Amalia Domingo Soler, sobre todos y ante todos en diferentes periódicos de la capital catalana.

Que libros y artículos como los citados no tengan razón de ser en nuestros días, no quiere decir que sean inútiles, y mucho menos que no tengan interés ninguno para el lector. Cuando no tuvieran otro, tendrían el de retrotraernos el espiritual ambiente del último tercio del siglo pasado, y este no es pequeño. Pero es que, además, se bate en ellos bien el cobre sobre el exoterismo de la religión oficial, y ésta es una lección no despreciable en ninguna época. La Historia hace eso mismo, y se la reputa «maestra de la vida».

Concretándonos al libro que anotamos, hemos de significar que desde la primera página capta las simpatías del lector por su fondo y su manera de decir, aquél vastamente erudito y profundamente científico filosófico, y ésa, sencilla grandilocuente, persuasiva, respetuosa, educadora y moralizadora á más no poder. Es el alma de Amalia

plasmada en letras de molde. Y la impresión final que queda, es de reverente admiración para la preclara mujer que tuvo el coraje de medir sus fuerzas, entre otros, con el coloso de la pluma y de la tribuna llamado don Vicente Manterola, y supo descubrirnos todos sus flacos filosófico-teológicos. ¡Llor á ella!

Esta obra forma un tomo de más de 450 páginas en 8.º prolongado, y se vende al precio de cinco pesetas en rústica y ocho en tela.—Pedidos á la Casa Editorial Maucci, Mallorca, 166.—Barcelona.

Amigos que han enviado cantidades para ayudar á EL MOTÍN

Adrián Medrano, Avila, 15 pesetas; Hilario Martínez, Vadocondes, 3; Narciso Oyarzabal, Pasajes, 8; Manuela Oria, Madrid, 5.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Aguilas.—Pedro Aullón, abonada su suscripción á fin Diciembre 1926.

Haria de Lauzarote.—Francisco Paz, íd. á fin Diciembre 1926.

Santander.—Frimitivo Calleja, íd. á fin Mayo 1926.

Algimia.—Flo Salt, íd. á fin Diciembre 1926.

Puerto de Sagunto.—José Franco, íd. á fin Diciembre 1926.

Logroño.—Marceliano Belloso, íd. á fin Diciembre 1926.

Sevilla.—Palcual Martín, íd. á fin Junio 1926.

Fuente la Higuera.—Juan del Campo, íd. á fin Diciembre 1926.

Trebujena.—José Caballero, íd. á fin Noviembre 1926.

Pasajes.—Narciso Oyarzábal, íd. á fin Enero 1927.

Canét.—José Galbis, íd. á fin Diciembre 1926.

Turis.—Unión Obrera, íd. á fin Diciembre 1926.

Ídem.—José Soler, íd. á fin Diciembre 1926.

Valdepeñas.—Ricardo Cobo, recibiendo su giro de 65 pesetas á cuenta.

Alcacer.—Cristóbal Soler, íd. de 40; conforme.

Daroca.—Marcos Pérez, íd. de 3'40; va libro.

Puente Genil.—Justo Estrada, ídem de 24; con forme.

Portugalete.—José Gutiérrez, ídem de 25; conforme.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de descuento.

Imp. Juan Pérez.—Pasaje de Valdecilla, 2.